Rudolf Steiner

EL ALFABETO

Una expresión de los misterios humanos

EDITORIAL ANTROPOSÓFICA

Título Original: El Alfabeto
Autor: Rudolf Steiner
Traductor: Renate Castro y Carmen San Miguel
Título Original: Manifestación del hombre a través del tono y la palabra
Traductor: L. Wachman
Derechos reservados a favor de : Editorial Antroposófica

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
I.S.B.N. 987-9066-49-9

Editorial Antroposófica
El Indio 1837 – 1607 Villa Adelina
Buenos Aires – Argentina
antroposofica@arnet.com.ar

EL ALFABETO

Una expresión de los misterios humanos

Hace algún tiempo nos ocupamos de la relación del hombre con el universo y hoy quiero completar estas consideraciones. Si contemplamos cómo vive el hombre en la presente época de la humanidad, pero tomando la época de forma tal que abarque la historia y, en parte también, la prehistoria: entonces deberemos decir que para este presente de la evolución cósmica de la humanidad hay que tener en cuenta, por sobre todas las cosas, como algo característico, al habla.

El habla eleva al hombre por encima de los demás reinos naturales. Ya en las conferencias de la semana pasada indiqué que en el transcurso de la evolución humana, el lenguaje, incluso el hablar, se modificaron. También en este ámbito la humanidad pasó por un desarrollo. Me referí a cómo, en tiempos muy remotos, el lenguaje era algo que, en cierta manera, el hombre formaba desde sí mismo, como propia predisposición interior; y cómo, con ayuda de sus instrumentos del habla, podía manifestar las fuerzas divino-espirituales que vivían el él. Señalé que en la transición de la cultura griega hacia la romano-latina, es decir en la cuarta época cultural post-atlántica, se hizo claramente perceptible que los sonidos aislados del habla ya no tenían una denominación sino que, simplemente, como estamos acostumbrados hoy, se designaban como sonidos. En el griego, por ejemplo, tenemos aún la denominación para la primera letra del alfabeto; en el latín solamente la A. En la transición del griego al latín, aquello que vivía en el lenguaje, y que era eminentemente concreto, se vuelve algo abstracto.

Se podría decir también, de acuerdo a su real sentido, lo siguiente: mientras los hombres decían “Alpha” a la primera letra del alfabeto, tenían en esta denominación algo de inspiración: en el momento en que empezaron a llamarla solamente A, en lugar de la inspiración, de la vivencia interior, se colocó la adaptación a lo convencional externo, a la prosa de la vida. Esa es la verdadera transición de la cultura griega a la romano-latina: que del mundo poético-espiritual la humanidad cultural se desarrolla hacia la prosa de la vida. El pueblo romano es un pueblo sobrio, prosaico, es el pueblo de lo jurídico, que introdujo más tarde en la cultura la prosa y la jurisprudencia, mientras aquello que vivía en la cultura griega se iba desarrollando en la humanidad cultural más o menos como una especie de sueño cultural, al cual uno se acercaba entonces en sus propias revelaciones, cuando quería vivenciar la interioridad y luego expresarla. Se

podría decir que toda poesía tiene algo en sí, por lo cual a la humanidad europea se le aparece como una hija de Grecia. Toda jurisprudencia, toda clasificación exterior, toda la prosa de la vida tiene algo en sí, que la hace aparecer como una hija del pueblo romano-latino.

También hice notar cómo una verdadera comprensión del Alpha - Aleph en hebreo- nos lleva a reconocer aquello que se quería expresar: que éste es el símbolo para el hombre. Si uno lo quiere expresar hoy en forma aproximada, Alpha es en realidad "el que siente su propia respiración". En esta denominación se alude directamente a la palabra del Antiguo Testamento. El ser humano fue creado al recibir el divino aliento viviente. Así, aquello que fue realizado allí con el aliento para que el hombre se volviera un hombre terrenal; el ser que se le imprimió al hombre de modo que experimentara y sintiera la respiración; para que incluyera en su consciencia la respiración; eso es lo que se quería expresar en la primera letra del alfabeto.

Y si uno observa en forma imparcial la siguiente, Beta, considerando también la correspondiente en hebreo, ésta se nos presenta como un cerco de paredes, como una envoltura, como la casa. De modo que si en el lenguaje actual se quisiera expresar lo que alguna vez se sintió al comenzar a decir Alpha-Beta, se podría expresar con las palabras: El hombre en su casa. Y así podríamos recorrer todo el alfabeto, y expresar un concepto, un significado, una verdad sobre el hombre, diciendo por orden los nombres de las letras del alfabeto. En cierta forma sería como decir una oración abarcante que expresa el misterio de la humanidad. De modo que esta oración comienza expresando lo siguiente: el hombre en su construcción, en su templo. Lo que sigue en la oración entonces, expresaría cómo el hombre se comporta allí; cómo es su relación con el universo. En pocas palabras, no es lo abstracto lo que se expresa al decir en forma ordenada las letras del alfabeto, como ocurre hoy cuando decimos A, B, C, sin pensar en nada, sino que es la expresión del misterio del hombre y de su arraigo en el mundo. Cuando hoy en diversas sociedades se habla de "la palabra original que se ha perdido", se hace referencia a la oración que nombra por orden las letras del alfabeto. De modo que podemos mirar hacia atrás, hacia una época en la evolución de la humanidad, donde el hombre en cierta forma, cuando volvía sobre su alfabeto, no exhalaba de sí mismo aquello que se apoyaba en sucesos exteriores, en necesidades exteriores, sino lo que su misterio divino-espiritual quería expresar por medio de su laringe y de sus órganos de fonación.

Se podría decir que, más tarde, aquello que pertenece al alfabeto fue distribuído en objetos exteriores, y se olvidó lo que el hombre a través de

su lenguaje puede revelar, desde sí mismo, sobre su misterio divino-espiritual. La verdadera palabra primigenia, la palabra plena de sabiduría, se ha perdido. El Lenguaje se diluyó en el prosaísmo de la vida. Y hoy, cuando el hombre habla, ya no es consciente de que esa oración primigenia, a través de la cual la divinidad le revelaba su propio ser fue olvidada, ni de que en las palabras y oraciones aisladas de hoy tenemos sólo jirones de aquella frase originaria.

El poeta, cuando no se abandona al contexto de la prosa del lenguaje, sino que se remonta a la intuición, al sentir interior, a la conformación interna del lenguaje, intenta regresar al elemento inspirador del origen de la palabra y se podría decir que la poesía verdadera, sea la más pequeña o la más grande, es un intento de volver a la poesía que se ha perdido, de dar un paso atrás desde el prosaísmo de la vida hacia aquellos tiempos en los cuales aún se revelaba el ser del mundo en el organismo interno del lenguaje.

Hoy en el habla diferenciamos el elemento vocálico y el consonántico. Ya hablé de cómo se comporta aquello que el hombre encuentra si se sumerge por debajo del umbral de su consciencia. Para la consciencia común los recuerdos se reflejan hacia arriba, es decir, los pensamientos de las vivencias entre el nacimiento y la muerte. Con la consciencia corriente sólo logramos descender hacia nuestra propia entidad humana hasta los pensamientos dejados atrás en la memoria, en el recuerdo. Desde un determinado punto de vista he señalado aquello que –quisiera decir- vive como una tragedia general de la humanidad debajo del umbral de la consciencia. Pero también se puede expresar de la siguiente manera. Se puede decir: cuando el hombre despierta en la mañana y su yo y su cuerpo astral se sumergen en el cuerpo etéreo y físico, él desde su interior no los percibe. Lo que el hombre percibe es algo muy diferente. Nosotros lo representaremos gráficamente.

Tenemos aquí, por ejemplo, el límite entre lo consciente y lo inconsciente:

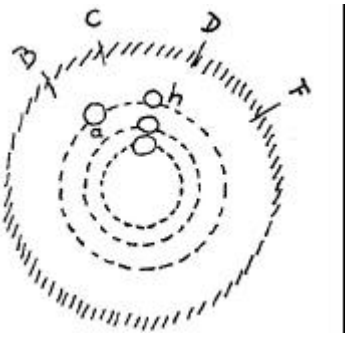


Aquí está lo rayado en rojo: lo consciente, aquí el rayado azul: lo inconsciente. Lo consciente rechaza los recuerdos. Si el hombre ve algo en el mundo exterior o de sí mismo, por ejemplo: si el ojo es visto por el propio ojo, aquello que sale como rayos visibles, penetrando en el hombre, es rechazado y él lo experimenta en su consciencia. También lo que porta de su propio ser debajo del umbral de la consciencia, él lo vivencia en su cuerpo astral y en su yo, pero no en el estado de vigilia. Esto permanece inconsciente y forma, esencialmente, el contenido real del cuerpo etérico y el físico. El cuerpo etérico no es reconocido en absoluto por la consciencia corriente y el cuerpo físico lo es sólo por su aspecto exterior. Recién al sumergirse por debajo del nivel de la memoria se puede percibir, de la forma en que lo he descrito, el origen del mal en el ser humano. Y se percibe también algo más: un aspecto de la relación del hombre con el cosmos.

Si se logra a través de la meditación correspondiente, traspasar la memoria representativa, alejar aquello que interiormente nos separa del cuerpo etérico y del cuerpo físico, y mirar hacia estos cuerpos de tal manera que se perciba lo que hay bajo el umbral de la consciencia, se escuchará entonces, tanto en el cuerpo etérico, como en el cuerpo físico, una resonancia. Este, es el sonido de la música de las esferas que el ser humano ha recibido durante su destino desde los mundos divino-espirituales hacia el mundo físico, lo que se le ha dado en la herencia física de sus padres y de sus antepasados. Los sonidos de la música de las esferas resuenan en el cuerpo etérico y en el cuerpo físico de la siguiente manera: en el cuerpo etérico, si son vocales y en el cuerpo físico, si son consonantes.

Es así que el hombre, mientras transita por la vida entre la muerte y un nuevo nacimiento se familiariza con el mundo de las altas jerarquías. Como recordarán, hemos visto que el hombre se acostumbra al mundo de los ángeles, los arcángeles, de los arcai, que vive en ese ámbito de las jerarquías como lo hace aquí, entre los seres del reino mineral, vegetal y animal.

Después de la vida entre la muerte y un nuevo nacimiento, anhela volver nuevamente a la vida terrenal. Y en este camino primero se lleva consigo las influencias de las estrellas fijas, es decir su representación, el zodíaco, y luego en el siguiente descenso las influencias de los planetas en movimiento.



Recordemos ahora a los representantes de las estrellas fijas, el zodíaco. El ser humano está expuesto a las influencias cuando desciende desde la vida anímico-espiritual a la terrenal. Si se quiere designar sus verdaderas influencias según su verdadero ser debemos decir: música de las esferas son las consonantes, y el "consonantizar" en el cuerpo físico es la resonancia del sonido de cada una de las imágenes o figuras del zodíaco. A través del movimiento de los planetas sucede aquello que, en esa música de las esferas, es el vocalizar. Esto se imprime en el cuerpo etérico.

Así, inconscientemente portamos, en nuestro cuerpo físico un reflejo de la consonancia cósmica y en nuestro cuerpo etérico un reflejo del vocalismo cósmico.

Se podría decir que todo esto permanece mudo en la subconsciencia. Pero, mientras el niño se desarrolla, ascienden desde el cuerpo hacia los órganos de fonación aquellas fuerzas que son la imagen activa del cosmos y dan forma a los órganos del habla.

Los órganos más interiores son formados por la entidad del hombre, de tal manera que pueden vocalizar, y los órganos situados hacia la perifera: paladar, garganta, lengua, labios y todo aquello que se relaciona más bien con la formación del cuerpo físico se modelan para que con ellos se puedan "consonantizar". Cuando el niño aprende a hablar surge desde su hombre inferior hacia su hombre superior una consecuencia de aquello que fue incorporado como fuerza formativa en el cuerpo físico, y, también de aquello que fue incorporado en el cuerpo etérico, naturalmente no en las sustancias sino en las formas. Cuando hablamos, se podría decir que revelamos un eco de las experiencias que el hombre, junto con el cosmos, atravesó entre la muerte y un nuevo nacimiento durante el descenso desde el mundo divino-espiritual. Cada detalle del alfabeto es una reproducción de lo que vive en el cosmos.

Usted puede observar en forma aproximada las figuras del zodíaco si las relaciona con el lenguaje actual – si coloca B, C, D, F como figuras

estelares del zodíaco. Las puede observar si siente que la “H” es un cambio planetario – “H” no es una letra como las otras, sino que imita la revolución, la rotación, y cada planeta en su rotación es siempre una vocal que de alguna manera se coloca delante de las consonantes. Piense, entonces, que la vocal “A” se coloca aquí (ver gráfico de la pág anterior) y de ese modo usted tiene la “A” consonando con “B” y “C”, pero en cada vocal hay una “H”, cuando usted la pronuncia la puede percibir: ah, ih, eh, ¡en cada vocal está la “H”! ¿Qué quiere decir esto, que en cada vocal está la “H”? Quiere decir que la vocal gira en el cosmos. La vocal no está quieta, gira en el cosmos. Y el rotar, el girar, está expresado en la “H” que misteriosamente está dentro de cada vocal. Piense entonces, por ejemplo, que en cualquier lugar del lenguaje se expresó una consonancia de vocales, digamos “IAO”. ¿Qué se expresa con esto? Se expresa lo que es la acción de dos planetas. Si a esto le agregamos una consonante: JOSUA (leáse IOSUA)… es decir se le agreg a una “S” en el medio, esto significa que no sólo se expresa el vocalizar dentro de la esfera planetaria, sino también el efecto que los planetas, comprendidos en el “IAO” experimentan en su movimiento, por el hecho de producirse una relación con la figura estelar “S”. Es decir, que cuando en la antigua civilización humana se pronunciaba un nombre divino vocálicamente, se expresaba así un misterio planetario. El accionar de una entidad divina dentro del mundo de los planetas estaba expresado con el nombre. Si se expresaba un nombre divino de tal forma que había en él algo consonántico, entonces el acto de esa entidad divina se elevaba hasta el representante de las estrellas fijas, el zodíaco.

Cuando instintivamente, aún se comprendían estas cosas en los tiempos remotos de la clarividencia atávica, del escuchar suprasensible, etc., se experimentaba al hablar una relación con el universo, se sentían hablando inmersos en este univer so. Cuando un niño aprendía a hablar se podía sentir que aquello que fue vivido en el mundo divino-espiritual, antes del nacimiento o antes de la concepción, poco a poco, se iba revelando en el ser infantil.

Se puede decir que si el hombre pudiera observarse interiormente debería admitir: yo soy un cuerpo etérico, es decir, soy el eco del vocalismo del mundo. Yo soy un cuerpo físico, esto quiere decir que soy el eco del consonantismo del mundo. Y en tanto estoy parado aquí, sobre la tierra se forma por medio de mi ser un eco de todo aquello que dicen las figuras del zodíaco; y la vida de ese eco es mi cuerpo físico. Y se forma un eco de todo aquello que la esfera planetaria dice en sus revoluciones, y ese eco es mi cuerpo etérico.

1. Cuerpo físico - eco del zodíaco
2. Cuerpo etérico- eco del movimiento planetario
3. Cuerpo astral- vivencia de ese movimiento planetario
4. Yo - percepción del eco del zodíaco

Así es que no se dice nada, mis queridos amigos, al decir que el ser humano consiste de cuerpo físico y cuerpo etérico. Esto no es más que una palabra totalmente obscura e imprecisa. Si uno quisiera hablar en el lenguaje real, que puede ser aprendido de los misterios del cosmos, debería decir: el hombre se compone del eco de las estrellas fijas, en el cielo del eco de los movimientos planetarios, de todo aquello que experimenta el eco del movimiento planetario y de lo que vivencia conociendo el eco de las estrellas fijas. Entonces se habría expresado, en el real lenguaje del cosmos, lo que en forma abstracta se expresa con las palabras: el hombre está formado por un cuerpo físico, un cuerpo etérico, un cuerpo astral, un yo. Uno se queda totalmente en lo abstracto, cuando dice: el hombre consiste primero de cuerpo físico, segundo de cuerpo etérico, tercero un cuerpo astral, cuarto un yo. Pero se pasa al lenguaje concreto del universo, si se dice: el hombre está formado por el eco del zodíaco, el eco del movimiento planetario, por la vivencia del pensar, sentir y querer en la impronta de esos movimientos planetarios y el percibir del eco del zodíaco. Lo primero es abstracción, lo segundo es realidad. Cuando usted dice "yo": ¿Qué es esto en realidad? Imagínese por un momento que se han plantado árboles en un bonito orden estético. Se ve cada árbol. Todos esos árboles, finalmente son un sólo punto si uno se aleja lo suficiente. Tome usted todos los detalles, todo aquello que resuena del zodíaco como consonantes en el mundo y aléjese lo suficiente: todo lo que allí está conformado interiormente como sonidos, en la forma más variada, se comprimirá en un único punto: "Yo".

De hecho, aquello con lo cual el hombre se denomina a sí mismo es, en realidad, sólo la expresión de lo que se percibe en el universo desde una distancia inconmensurable. En todas partes es así: primero se debe retroceder hacia aquello que aparece aquí, sobre la Tierra, como reflejo, como eco. De esa forma se diluye ante la vivencia superior e interior del hombre todo lo que constituye al hombre como fenómeno, como simple apariencia. Si se mira a un ser humano poco a poco, se aprende a conocer su verdad; el cuerpo físico deja de presentarse ante nosotros como hasta ahora; la mirada se amplía y llega hasta el cielo de las estrellas fijas. Y el cuerpo etérico también deja de estar delante de uno. Se amplía la mirada, se amplía la vivencia y se llega a la percepción de la vida planetaria, pues este cuerpo etérico humano es sólo un reflejo de la vida planetaria. Cuando un ser humano está frente a usted, sólo está delante suyo, la apariencia, la reproducción de lo que sucede en la vida planetaria. Creemos tener ante

nosotros al hombre individual; pero este hombre individual es una imagen del mundo entero, en un lugar determinado. ¿Cuál es en el fondo la diferencia entre un hombre de Asia y un hombre de América? Es el hecho de que en dos puntos diferentes de la tierra se reproduce el cielo estelar, es como si se tuviera diferentes imágenes de un mismo hecho. Así, al observar al hombre se nos revela el mundo, y a través de esta observación uno es colocado ante el gran misterio, ya que el hombre no es otra cosa que una imagen microcósmica de una realidad macrocósmica. ¿En qué consiste entonces la vida actual? Si de esta vida moderna miramos hacia la vida antigua de la humanidad, en tiempos remotos, encontramos que aún existía en la consciencia instintiva de esos tiempos la vivencia de la relación del mundo con el hombre. Eso se puede experimentar en forma concreta en el alfabeto. Cuando el hombre quería expresar toda la plenitud de lo divino en una frase, decía el alfabeto. Si expresaba su propio misterio, como lo podía aprender en los centros iniciáticos, relataba su descenso por Saturno o Júpiter, en su constelación hacia Leo o Virgo es decir, su descenso a través de la "A" o de la "I", en su constelación hacia la "N" o la "L". Expresaba así, lo que había experimentado allí como música de las esferas y ese era su nombre cósmico. En tiempos remotos se era consciente en forma instintiva de que el hombre traía un nombre en su descenso desde el cosmos hacia la Tierra.

Más tarde la consciencia cristiana creó una especie de eco abstracto de esta consciencia primitiva, consagrando cada día a la memoria de un santo, pero, ante la comprensión correcta, no son otra cosa que los vivificadores del cosmos espiritual. El hombre cuando nacía en día determinado día del año, debía recibir el nombre del santo correspondiente según el calendario pues de ese modo se expresaba en forma abstracta lo que en tiempos primitivos se había expresado en forma concreta, cuando, a través de los misterios se encontraba el nombre cósmico según lo que el ser humano había experimentado durante su descenso, cuando su ser vocalizaba en relación al "consonantizar" del zodíaco. Así, todo el género humano, en su conjunto, tenía entonces muchos nombres, pero la consonancia de esos nombres era imaginada de tal manera que se amoldaba al nombre omniabarcante.

¿Qué era, entonces, el alfabeto observado desde este punto de vista? Era aquello que los cielos revelaban a través de sus estrellas y de los planetas, que giran por encima de esas estrellas. Al decir el alfabeto, en la instintiva sabiduría primitiva del hombre, se expresaba una astronomía. Decir el alfabeto y aprender astronomía era, para esos tiempos antiguos, una sola cosa. En aquellos tiempos, una sabiduría como la astronomía, no era presentada como hoy se hace con cualquier campo del saber instruído,

compuesto de percepciones y conceptos aislados. Se la presentaba como una revelación que pugnaba hacia la superficie de la experiencia humana, ya sea en la oración primitiva misma o en partes de esa oración. Es decir que, con una parte de esa sabiduría primitiva, se presentaba una experiencia concreta. Y todavía subyace algo, como una consciencia muy nebulosa, en el hecho de que en la Edad Media, aquellos que eran introducidos a una instrucción más elevada, debían aprender gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, música y astronomía. En este paso por los distintos campos del saber subyace en una suerte de consciencia nebulosa, algo que en tiempos remotos existía con claridad instintiva. La gramática hoy se volvió algo muy abstracto. Si uno se remonta a los tiempos de los cuales la historia no relata nada, pero que, de todos modos, aún son históricos, encontramos que la gramática no era algo abstracto como hoy, sino que en la gramática el hombre era introducido a los secretos de cada letra; aprendía cómo se expresaba algo de los misterios del cosmos en las letras. Cada vocal se unía con cada planeta; cada consonante con la correspondiente imagen del zodíaco, y así se aprendía a reconocer en la letra a la estrella.

Avanzando de la gramática a la retórica, se utilizaba aquello que vivía en el hombre como actividad de lo astronómico. Y cuando se pasaba a la dialéctica se tenía en el pensamiento la comprensión y elaboración de aquello que, desde lo astronómico, vivía en el hombre. Tampoco la aritmética se enseñaba como suele hacerse hoy, como una abstracción, sino como una entidad que se expresaba en el misterio de los números. El número mismo era visto de otra forma a como lo vemos hoy. En relación a ésto, quisiera dar un pequeño ejemplo:

¿Cómo se imagina hoy el 1, 2, 3? Bueno, uno se imagina una arveja, luego le agrega otra, entonces son dos, luego se agrega otra, entonces son tres. Es un agregarse de uno a otro, un amontonarse. Esa no era la forma en que uno se acercaba a los números en tiempos antiguos. Se partía de la unidad. Y al dividir la unidad en dos partes, se obtenía el dos. El dos, entonces, no estaba compuesto de una unidad más otra unidad. No era un amontonamiento de unidades, sino que el dos estaba en el uno. Y el tres estaba en el uno de otra manera; y el cuatro, a su vez, en otra forma. La unidad abarcaba todos los números, la unidad era lo más grande: hoy la unidad es lo más pequeño. Actualmente todo se presenta con relación al átomo. Allí la unidad es un miembro y luego se le agrega el dos, de esta manera, se presenta en forma atómica. Originalmente era algo orgánico. Allí la unidad era lo más grande, los números siguientes aparecían siempre un poco más pequeños y estaban todos contenidos en la unidad. Así, se llega a misterios muy diferentes en el mundo de los números.

Estos misterios del mundo de los números nos hacen sospechar que no sólo nos estamos ocupando con algo que vive en la cabeza hueca del hombre; -digo hueca porque muchas veces demostré que la cabeza del hombre es realmente hueca, desde el punto de vista espiritual- pues, en las relaciones numéricas, se pueden llegar a percibir las relaciones de objetividad del mundo. El hecho de agregar siempre uno al uno, es algo que no tiene nada que ver con las cosas. Tengo un trozo de tiza. Si pongo al lado otro trozo de tiza, el primero no tiene nada que ver con el segundo. No se preocupan el uno del otro. Pero si presupongo que cada cosa es una unidad, y luego paso a los números que están contenidos en esa unidad, obtengo un dos en una forma que no es indiferente. Para ello, tengo que quebrar el trozo. Así entro en la realidad.

Después de abarcar el pensamiento astronómico y de haberse elevado hacia la dialéctica, se llegaba aún más lejos dentro del universo con la aritmética, y de una manera similar con la geometría. A través de ella, se adquiría el sentimiento de que lo geométrico, pensado en forma real, es la música de las esferas.

Esa es la diferencia entre aquello que hoy es y aquello que alguna vez existió en la antigua sabiduría primitiva. Hoy tenemos la música. El físico-matemático calcula los registros de los tonos, por ejemplo, cuál de ellos es más efectivo en una melodía. De manera que una persona musical está obligada a olvidar su musicalidad y pasar a lo totalmente abstracto, esto en el caso de que el músico no sea muy entusiasta y huya antes del matemático.

Así, el hombre es llevado desde algo experimentado en forma inmediata, hacia una abstracción que tiene muy poco que ver con la vivencia.

Cuando se tienen aptitudes matemáticas resulta interesante observar lo musical hasta lo acústico, pero en cuanto a la vivencia musical, no se logra mucho. Respecto a que hoy alguien aprenda geometría y, en posteriores cursos, comience poco a poco a percibir las formas como los tonos musicales, o que, por ejemplo, se pase de un 7° a un 8° grado dejando resonar la geometría dentro de lo musical; de eso, que yo sepa, no se menciona nada en los programas de estudio. Pero, en otros tiempos, éste era el sentido del ascenso hacia la 6° parte, aquello debía aprenderse al pasar de la geometría a la música.

Y luego, uno obtenía como resultado la realidad, que en un principio permanecía en lo profundo. La astronomía en el subconsciente era lo que, conscientemente, aprendía por último, como astronomía, como lo más elevado, como el séptimo miembro del Trivio y Quadrivio, según la antigua denominación. [1]

Debemos contemplar la historia de la humanidad de acuerdo a la forma en que ha avanzado la consciencia, pues así se adquirirá el sentimiento de que la consciencia debe retornar a estas cosas. Esto es lo que justamente intenta la ciencia espiritual. Por eso, no hay que asombrarse que aquellos que están acostumbrados a tomar lo científico de la forma en que es cultivado hoy, con la "Ciencia oculta" por ejemplo, así como fue escrita por mí, no pueden sentir nada real. Pero es necesario que, en forma plenamente consciente, la humanidad retorne a aquello que es la verdadera realidad y que, por un tiempo, debió permanecer oculto para que el hombre pudiera desarrollar plenamente su libertad. El hombre podría haber formado cada vez más su consciencia respecto a la necesidad de ser parte de un universo divino, si no hubiese sido arrojado de este universo hacia lo meramente fenomenológico, hacia la mera apariencia, y con tal fuerza, que todo el variado esplendor y la magnificancia del cielo estelar se comprimieron en el abstracto Yo.

Esto era necesario para lograr la libertad. Pues sólo así el ser humano podía desarrollar su libertad, comprimiéndose en forma vaga en un único punto yoico, lleno de todos los espacios interplanetarios, que atravesara todos los tiempos. Pero perdería su ser, no sabría ya nada de sí mismo, no actuaría obrando desde sí mismo, si no conquistara de nuevo todo el mundo desde el único punto del yo, si no volviese a ascender de lo abstracto a lo concreto. Es importante reconocer, en la transición del ser griego al latino, cómo la abstracción se apoderó de la cultura europea; cómo la palabra primigenia se perdió debido a eso.

El idioma latino fue, por excelencia y durante largo tiempo, el idioma de la instrucción superior, como si se tratara así de aferrar, por todos los medios, lo que este idioma en realidad ya había descartado. Luego quedó como remanente, sólo como pensamiento, aquello que había sido dicho en el contexto lingüístico del latín. Del logos quedó la lógica, el pensamiento abstracto.

---

[1] Trivio: Conjunto de las tres artes liberales relativas a la elocuencia; gramática, retórica y dialéctica. Cuadrivio: Conjunto de las cuatro artes liberales: aritmética, música, geometría y astronomía.

En la nostalgia que un hombre como Goethe tenía por conocer el ser griego, subyace algo que se podría expresar así: él quería salir de la abstracción del tiempo moderno, de la prosa sobria del romanismo y avanzar hacia la otra hija de la sabiduría primigenia del mundo, hacia aquello que quedó de la cultura griega. Hay que sentir algo así, si se desea comprender la nostalgia intensa de Goethe hacia el Sur.

En las actuales biografías adecuadas a las escuelas no se dice nada de estas cosas. Pero cuando en cada individuo vuelva a resonar la consciencia de que el hombre es una expresión del universo, se habrá puesto el fundamento para el desarrollo de las fuerzas ascendentes que la humanidad necesita, para que la civilización no caiga en la barbarie.

MANIFESTACIÓN DEL HOMBRE A TRAVÉS DEL TONO Y DE LA PALABRA

Durante las discusiones que tuvimos durante los últimos días, pude indicar qué quehaceres del ser humano que se presentan en la primera niñez, son transformaciones de quehaceres que realiza el hombre entre la muerte y un nuevo nacimiento, que realiza en la existencia pre-terrenal. Observamos cómo el niño, después de que aún no está plenamente adaptado después del nacimiento al peso de la tierra, al equilibrio terrenal, pasa paulatinamente a ser adaptado realmente a ese equilibrio, como aprende a ponerse de pie, a caminar. Esta adaptación del cuerpo a la posición de equilibrio de la existencia terrenal es algo que adquiere el hombre recién durante la existencia terrenal. Sabemos que el cuerpo físico del hombre en su forma es el resultado de una actividad espiritual grandiosa que lleva a cabo el hombre en común con seres de los mundos superiores durante la muerte y un nuevo nacimiento. Pero aquello que el hombre configura allí y que de cierta manera justamente significa el germen espiritual de su futuro organismo terrenal físico, no está conformado de tal manera que ya dentro de sí contenga la capacidad de caminar erguido. Esa capacidad es incorporada al hombre recién cuando, después de haber nacido, se adapta a las condiciones de equilibrio, a las relaciones de fuerzas de la existencia terrenal. Pues en la existencia prenatal la orientación no significa ya aquello que aquí en la tierra representa para el erguirse y caminar, sino que allí la orientación significa la relación que se establece con los seres de la Angeloi, Arcangeloi, es decir, con los seres de las jerarquías superiores, según se sienta más atraído por un ser y menos por otro. Esta es la posición de equilibrio en los mundos espirituales. Esto lo pierde el hombre de cierta manera cuando desciende al

mundo. Dentro del seno materno, de por sí no se halla en las posiciones de equilibrio de su vida espiritual, y aún no en las relaciones de equilibrio de su vida terrenal. Ha abandonado las primeras y aún no ha penetrado en las segundas.

Algo parecido sucede con la lengua. La lengua que hablamos aquí en la Tierra está adaptada absolutamente a las condiciones terrenales. Pues esta lengua es una expresión de nuestros pensamientos terrenales. Estos pensamientos terrenales contienen conocimientos terrenales. A ello se adapta nuestra lengua durante la existencia terrenal. En la existencia preterrenal, como ya lo expuse, posee una lengua que de por sí no va desde el interior hacia afuera, que preferentemente no sigue a la expiración sino a la inspiración espiritual, a la inspiración, a aquello que en la existencia preterrenal podemos denominar como correspondiente a la inspiración. Es una vida con el logos mundial. Es una vida dentro de la palabra universal, en la lengua universal, a partir de la cual se hacen las cosas.

Esta vida en la lengua universal la perdemos nuevamente cuando descendemos a la tierra y nos apoderamos de aquello que ante todo sirva para expresar nuestros pensamientos, los pensamientos terrenales, la inteligencia humana, quiere decir la inteligencia entre hombres, que todos viven en la Tierra. De la misma manera sucede con los pensamientos que tenemos aquí con el pensar. El pensar es adaptado a las condiciones terrenales. En la existencia preterrena es una vida en los pensamientos universales oscilantes (webend).

Si en primer término consideramos el miembro del medio, el habla del hombre, podemos decir: en el habla se encuentra algo esencial de la cultura terrena, de la civilización terrenal. Mediante el habla se encuentran los hombres en la Tierra, uno encuentra el puente hacia el otro. Se conecta alma con alma. Sentimos que en esta Tierra poseemos algo esencial con el habla, y es también el reflejo terrenal en el logos, en la palabra universal. Por ello es muy interesante captar las relaciones de aquello que aquí en la Tierra el hombre logra como su habla, con la metamorfosis que este habla posee allí en la existencia preterrenal. Si se considera esta relación, se llega a la organización interior del hombre partiendo de los sonidos, de lo tonal.

En este momento se presta muy bien que dentro de nuestra contemplación cosmológica que estamos tratando ya desde semanas, hoy pueda incluir el capítulo de la "Manifestación del hombre mediante el sonido y la palabra". En estos días tenemos, justamente, la gran alegría de apreciar una gran producción tonal del canto, en nuestro Goetheanum. Permítanme hablar en la fecha, como así quiero decirlo, expresión de la

satisfacción interior que siento por este hecho artístico y justamente de la relación de las manifestaciones sonoras y tonales del hombre de esta Tierra, con la vida del hombre en aquello que en el tono y el sonido corresponde allí en lo espiritual.

Si contemplamos la organización humana como se halla ante nosotros aquí en la Tierra, es en su totalidad un reflejo de lo espiritual. Todo aquí, no sólo aquello que lleva en sí el hombre, sino también aquello que lo rodea en la naturaleza exterior, es una imagen de lo espiritual. Cuando el hombre se manifiesta por la palabra, el hombre se expresa por el canto, expresa una revelación de todo su organismo según cuerpo, alma y espíritu hacia afuera y también hacia sí mismo, hacia el interior. De alguna manera el hombre en aquello que revela por el sonido y el tono está completamente contenido. En qué forma está contenido se muestra recién cuando en detalles exactos se aprecia aquello que es el hombre cuando habla o cuando canta.

Partamos del habla. En la evolución histórica de la humanidad, el habla en sí se ha originado en un canto original. Cuanto más retrocedemos a los tiempos prehistóricos, más parecido se hace el habla, al recitado y finalmente al canto. En tiempos muy antiguos de la evolución humana terrenal, la manifestación tonal-sonora no se diferenciaba entre canto y habla, sino que ambos formaban un todo. Y aquello que se comunica frecuentemente del habla original humano es así, que también se podría decir: este habla original humano es un canto original. Si consideramos el habla en su estado actual, donde ya se ha apartado fuertemente del canto puro y se ha sumergido en el elemento de la prosa y en el elemento intelectual, tenemos dos elementos esenciales: el elemento consonántico y el vocal. Todo aquello que hacemos valer en el habla, se compone de un elemento consonante y de un elemento vocal. El elemento consonante descansa totalmente en nuestra plástica corporal más fina. Si nosotros pronunciamos una B o una P o una L o una M, ello descansa en que algo en nuestro cuerpo posee una forma determinada. No es así que cuando se habla de estas formas sólo se lo deba hacer mencionando el aparato del habla o del canto. Estos son únicamente la máxima culminación. Pues cuando el hombre emite un tono o un sonido de por sí participa todo su organismo, y aquello que sucede en los órganos del canto y del habla es sólo la última culminación de aquello que sucede dentro de todo el hombre. De modo que nuestro organismo humano, también podría ser apreciado en su forma diciendo: todas las consonantes que posee un idioma, son realmente variantes de doce consonantes originales. Por ejemplo, en el finlandés se encuentran estas doce consonantes originales esencialmente conservadas en forma casi pura; once, son completamente claras, sólo la

doceava se ha vuelto poco clara, pero aún se encuentra claramente. Estas doce consonantes originales, si uno las capta correctamente -a cada una también se la puede representar por una forma-, si se las reúne representan toda la plástica del organismo humano. De tal modo que, si no se está bien enterado, se puede decir: el organismo humano está expresado plásticamente por medio de las doce consonantes originales.

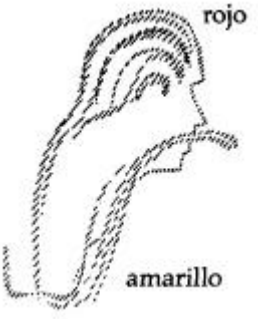
Entonces, ¿qué es realmente este organismo humano?. Este organismo humano, contemplado desde este punto de vista, del punto de vista de músico, es un instrumento musical. Sí, también los instrumentos musicales exteriores se pueden reconocer en su esencia por medio de que, si toma en sus formas, ya sea un violín u otro instrumento, lo abarca de alguna manera consonánticamente, los contempla como contruídos a partir de lo consonántico. Si se habla de lo consonántico, de cierta manera se posee un sentimiento que hace recordar a instrumentos musicales. Y a la totalidad, la armonía de lo consonántico representa en sí, la plástica del organismo humano. Y lo vocal es el alma que toca en este instrumento musical. Ello da lo vocálico. De tal manera que, si ustedes siguen en el habla lo consonántico y lo vocálico, en toda manifestación parlante y tonal tendrán una expresión propia del hombre. El alma del hombre toca vocálicamente en el consonantismo del instrumento corporal humano.

Si contemplamos nuestro idioma correspondiente a la civilización y cultura actuales, entonces nuestra alma, cuando vocaliza, se sirve con fuerza del organismo del cerebro, del sistema nervioso de la cabeza. En tiempos pasados de la evolución humana esto no se encontraba en esta escala. Permítanme anotar esquemáticamente en el pizarrón aquello que sucede. Es bien esquemático.



Consideremos que hemos construído de esta manera el organismo cabeza-nervios (rojo). Las rayas rojas representarían las fuerzas que corren a lo largo de los nervios de la cabeza. Pero ello es considerar sólo muy unilateralmente el asunto. Dentro de esta actividad que desarrollan los manojos de nervios, penetra otra actividad. Ella se conforma al inhalar el aire. El aire que aspiramos, nuevamente dibujado en forma esquemática,

penetra directamente por medio del canal medular (amarillo), y el golpe de la respiración suma junto con los movimientos, que son ejecutados a lo largo de los manojos de nervios. Así, en su cabeza, la corriente respiratoria, que fluye por el canal medular hacia la cabeza, se encuentra con aquello que realizan los nervios.



No tenemos una actividad nerviosa aislada y una actividad respiratoria aislada, sino que poseemos en la cabeza una interacción de actividad respiratoria y otra nerviosa. El hombre actual, envuelto en la vida común, le da mayor importancia a estas fuerzas rojas (ver esquema); se sirve más de su sistema nervioso cuando habla. El "enerva", como se podría decir, el instrumento que conforma las corrientes vocálicas en consonánticas. En tiempos anteriores de la evolución no fue el caso. Entonces, el hombre no vivía tanto en su sistema nervioso, vivía en el sistema respiratorio; por esta causa el habla originaria fue más bien un canto.

Cuando hoy se canta, el hombre toma aquello que de por sí realiza el hablar con ayuda de la enervación del sistema nervioso, de vuelta a la corriente respiratoria, y en forma consciente, pone en acción esta segunda corriente, la corriente respiratoria. Es la continuación de la respiración a la cabeza que se pone en acción directamente cuando, como sucede al cantar, se le agrega la vocalización a la formación del tono; pero no es un salir de la respiración. Es, pues, retraer nuevamente el habla convertida en prosaico a lo poético, a lo artístico del proceso respiratorio rítmico.

El poeta aún se esfuerza en poseer el ritmo de la respiración en la forma que conforma el idioma de sus poesías. Aquel que compone para el canto, lleva nuevamente todo a la respiración, es decir que lo hace volver a la respiración de la cabeza. De tal manera podemos decir: Aquello que justamente el hombre debe experimentar en la Tierra, adaptándose por su habla a las condiciones terrenas, eso de alguna manera se retrotrae, cuando pasamos del habla al canto. Realmente el canto es una retromemoria por

medio de medios terrenales a aquello que fue experimentado en la existencia preterrenal. Pues con nuestro sistema rítmico nos encontramos mucho más cercanos al mundo espiritual que con nuestro sistema pensante. El sistema pensante influye sobre el habla que se ha vuelto prosaica.

Cuando vocalizamos, realmente presionamos aquello que vive en el alma contra el cuerpo, que sólo sirve de instrumento musical, agregando éste lo consonantico. Seguramente sentirán que en cada vocal se encuentra algo inmediato, anímicamente vivo, y que se puede utilizar lo vocálico por sí mismo; pero lo consonántico ansía continuamente acercarse a lo vocálico. El instrumento plástico corporal es esencialmente algo muerto, cuando lo vocálico, lo anímico no lo toca. Verán esto en ciertos detalles: tomen como ejemplo en el dialecto de ciertas zonas de Europa Central la palabra "mir" (a mí), en el ejemplo: "es geht mir gut" (a mí me va bien), es decir la palabra "mir". Cuando yo era un niño pequeño, no podía entender que la palabra se escribiera de esta manera. Yo siempre la escribía "mía", pues en la R se encuentra el ansia hacia la A inmediata. Es así que si consideramos al organismo humano como la armonía de las consonantes, por todos lados tenemos en él el ansia hacia lo vocálico, es decir, hacia lo anímico. ¿Y de dónde proviene esto?

Este organismo humano, tal como se debe disponer en su plástica en esta Tierra, debe adaptarse a las condiciones terrenales. Está conformado de tal manera, como lo permiten exclusivamente la posición de equilibrio, las relaciones de fuerza terrenales. Pero está conformado a partir de lo espiritual. Aquello que sucede realmente, sólo se puede reconocer por investigación espiritual científica. Quiero hacérselo comprensivo en forma esquemática.



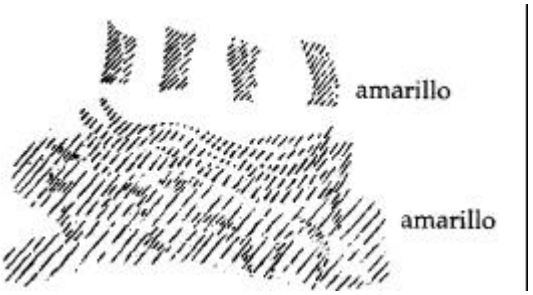
Consideremos que lo anímico está expresado en esta forma en su manifestación vocálica (rojo): choca con lo consonántico, y lo consonántico, según las condiciones terrenales, está conformado plásticamente.

Si uno se eleva al mundo espiritual en la forma como yo lo he representado en mi libro “Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores”, se llega primero a la imaginación, a los conocimientos imaginativos. Pero mientras tanto se han perdido las consonantes; por ahora

le han quedado las vocales. Se ha perdido el cuerpo físico en la imaginación. Se han perdido las consonantes. En el mundo imaginativo ya no se posee comprensión para las consonantes. Si se quiere señalar con palabras adecuadas aquello que se posee en el interior, por el principio consiste en puras vocales. Inicialmente nos falta el instrumento y se introduce en el mundo tonal, que en forma múltiple está tocado vocálicamente, pero en el cual todas las consonantes del mundo están disueltas en las vocales.

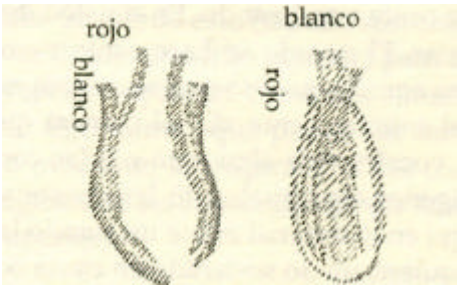
Ustedes encontrarán que en las palabras de idiomas, que aún se encontraban cerca de los idiomas originarios, justo los hechos del mundo suprasensible esencialmente son designados vocálicamente. La palabra Jahve, por ejemplo, no tenía nuestra J y la V, sino que consistía sólo de vocales y era casi cantado. Se entra pues en una vocalización que, naturalmente es cantada.

Y si se pasa de la cognición imaginativa a la cognición inspirada, es decir que se recepcionan directamente las manifestaciones de lo espiritual, todas las consonantes que se encuentran aquí en la Tierra, se hacen distintas. Se pierden las consonantes. Se pierde esto (tapado con amarillo, ver dibujo amarillo inferior) pero en la percepción espiritual comienza a manifestarse algo nuevo, que puede ser reconocido mediante la inspiración: las contraimágenes de las consonantes (ver amarillo superior).

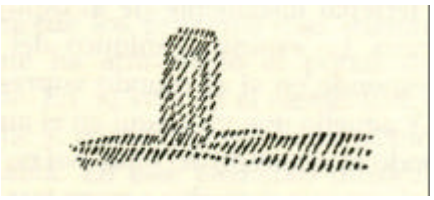


Pero estas contraimágenes espirituales de las consonantes, ahora no viven entre las vocales, sino dentro de las vocales. Si ustedes tienen aquí en la Tierra el habla, poseen consonantes y vocales de tal manera que viven unas junto a las otras. Se pierden las consonantes al ascender al mundo espiritual. Comienza a vivir en un mundo que canta vocalizando. En sí usted deja de cantar. El mundo se hace canto mundial. Pero aquello que es vocal se colorea espiritual-anímicamente, de tal manera que en las vocales viva algo, que son las contraimágenes espirituales de las consonantes. Aquí en lo terrental existe un sonido LA y, si se quiere, un DO SOSTENIDO en cierta octava como sonido. En cuanto se llega al mundo espiritual, no existe

un LA ni un DO SOSTENIDO en una escala determinada, sino interiormente –no sólo de distinta altura- sino interiormente, cualitativamente infinitos; pues es distinto si un ser de la jerarquía de los Angeloi pronuncia un LA o un ser de la jerarquía de los Arcangeloi u otro ser. Exteriormente es siempre la misma manifestación, pero interiormente la manifestación está animada. De tal modo podemos decir: aquí en la Tierra tenemos nuestro cuerpo (dibujo izquierda, blanco); aquí toca el tono vocal (dibujo derecha, rojo) y en éste toca el alma (blanco) y vive en él, de modo que el tono se convierte en el cuerpo de lo anímico.



Ahora se encuentran dentro de la música mundial; ahora se encuentra dentro del tono creativo, en la palabra creativa. Si aquí en la Tierra se representa el tono, también el tono que se manifiesta como sonido; terrenalmente ello vive en el aire. Pero la representación física, que la formación del airea sea el tono, es realmente una representación naif. Es realmente naif. Pues piensen ustedes, tendrían aquí un piso y sobre él un hombre. Seguro que el piso no es el hombre, pero debe estar allí, para que el hombre pueda estar parado sobre él, pues de otra manera el hombre no podría estar. Pero ustedes no van a querer comprender al hombre partiendo del piso.



De tal manera debe existir el aire, para que el tono tenga un sostén. Así como el hombre está parado sobre el piso, el tono, sólo en forma algo complicada, posee su piso, su resistencia en el aire. El aire no tiene mayor significado para el tono que el piso para el hombre que se halla parado sobre él. El tono empuja hacia el aire y el mismo le da la posibilidad de pararse. Pero el tono es algo espiritual. Tal como el hombre es algo distinto de la Tierra sobre la que se halla parado, así el tono es algo diferente al

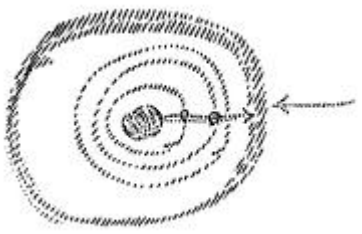
aire, sobre el que se levanta el tono. Naturalmente se levanta en forma más complicada, en forma múltiple.

Ya que en la Tierra podemos hablar y cantar sólo mediante el aire, en la formación del tono tenemos por el aire la imagen terrenal justamente de lo espiritual-anímico. Lo espiritual-anímico del tono corresponde en sí al mundo suprasensible. Y aquello que vive aquí en el aire, en el fondo es el cuerpo del tono. Así no es de extrañarse que se vuelva a encontrar el tono en el mundo espiritual. Sólo que allí ha dejado aquello que proviene de lo terrenal: las consonantes terrenales. La vocalización, el tono en sí mismo, es llevado allí en su contenido espiritual, cuando se eleva al mundo espiritual. Sólo que interiormente es atravesado anímicamente. En vez de formarse exteriormente por lo consonántico, el tono es animado interiormente. Pero ello sucede paralelamente al acostumbrarse en el mundo espiritual.

Piensen ahora que el hombre atraviesa el portal de la muerte; pronto deja tras sí las consonantes, pero las vocales y en especial la entonación de las vocales, las vivencia en grado elevado; sólo de tal modo que no sienta ya que el canto se origina en su laringe, sino que el canto se halla alrededor de él y vive en cada tono. Así sucede los primeros días cuando el hombre ha atravesado el portal de la muerte. En sí vive en el elemento musical, que al mismo tiempo es un elemento del habla. En este elemento musical se manifiesta siempre más lo proveniente del mundo espiritual -una animación.

Como les he dicho, este salir del hombre al mundo, habiendo atravesado el portal de la muerte, al mismo tiempo es un paso del mundo terrenal al mundo de los astros.

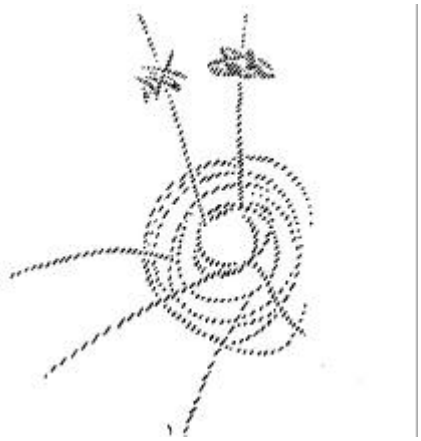
Si nosotros representamos algo semejante, aparentemente hablamos en sentido figurado, pero el sentido figurado es absolutamente realidad. Imagínense pues la Tierra, alrededor de ella primero los planetas, luego el cielo de las estrellas, al que desde tiempos antiguos y con toda razón, se representa como el zodíaco.



Parado el hombre en la Tierra, ve a los planetas y a las estrellas desde la Tierra como un reflejo, digamos desde adelante, para honrar al hombre terrenal –no es así que el Antiguo Testamento se expresa en forma distinta. Apartándose el hombre de la Tierra después de la muerte, paulatinamente llega a ver de atrás a los planetas y las estrellas. Sólo que entonces no ve estos puntos luminosos o estas superficies luminosas que se aprecian desde la Tierra, sino que ve los correspondientes seres espirituales. Donde vuelve a mirar a Saturno, Sol, Luna o a Aries, Tauro, etc., siempre ve desde el lugar opuesto seres espirituales.

En sí esta visión es, al mismo tiempo, un escuchar de la misma manera que se dice: se ve desde el otro lado, es decir desde atrás a la Luna, Venus, etc., Aries, Tauro, etc., de la misma manera se podría decir: se escucha sonar los seres hacia las lejanías de los mundos, que habitan en estos mundos.

Ahora represéntese toda la configuración –realmente aparente que se hablara en sentido figurado, pero no se habla en sentido figurado, es una realidad- imagínense allí fuera del Cosmos: el mundo de los planetas más alejado, el Zodíaco con sus doce constelaciones ahora más cercano a usted. Desde todos los mundos les canta hablando, habla cantando, y su percepción es realmente el escuchar el canto hablado, del habla cantado.



Mirando hacia Aries, tiene la impresión de algo anímico consonántico. Y en esto anímico vocálico, que resplandece desde Saturno hacia el Universo, allí vive lo anímico-espiritual consonántico de Aries o de Tauro. Tienen, pues, la esfera de planetas que les canta vocálicamente hacia el Universo y tienen las estrellas –podemos decir ahora- que animan consonánticamente este canto de la esfera de los planetas.

Represéntense esto vivamente: las estrellas en su esfera descansando más bien, detrás los planetas caminando. Cuando un planeta en movimiento

pasa por una conformación de estrellas, resuena, no puedo decir ahora un tono, sino un mundo de tonos, pasando de Aries a Tauro, resuena otro mundo sonoro.

Pero, por ejemplo, detrás está, digamos, Marte. Marte, pasando por Tauro deja resonar en forma distinta.

Poseen un hermoso instrumento cósmico en el cielo de las estrellas y detrás nuestros dioses planetas como los que tocan este instrumento del Zodíaco del cielo de estrellas.

Realmente podemos decir: si el hombre aquí abajo en la Tierra nuevamente retoma el habla, conformado para lo terrenal, como el caminar desde la orientación cósmica-espiritual está conformado para lo terrenal, en el canto, es esto un inclinarse hacia aquello que, en el hombre, ha nacido de la existencia preterrenal para lo terrenal. Así como el arte de por sí se presenta frente al hombre, como si el hombre dijera, manifestándose artísticamente. Bien, es el destino del hombre, y es exacto que así sea el destino del hombre: el hombre, adentrándose en su existencia terrenal, colocado en las condiciones terrenales, debe adaptarse a las condiciones terrenales; pero en el arte retrocede un poco, deja caer lo terrenal en su alrededor y, por el paso que retrocede, se acerca a lo espiritual-anímico, de lo cual ha nacido desde la existencia preterrenal.

No entendemos el arte si en él no sentimos la nostalgia de vivenciar lo espiritual, al menos en el principio en la manifestación de la hermosa apariencia. Nuestra fantasía, que es la que expresa lo artístico, en el fondo no es otra cosa que la clarividencia preterrenal. Se quiere decir: tal como el tono en la Tierra vive en el aire, así vive para lo anímico aquello que, esencialmente, es espiritual en la existencia preterrenal, en forma terrenal en el reflejo de lo espiritual. Cuando el hombre habla, se sirve de su cuerpo: lo consonantico en él se convierte en la plástica del cuerpo; la corriente respiratoria que no traspasa a la plástica fija es utilizada por el alma, para tocar en el instrumento del cuerpo. Pero como hombre hablante terrenal podemos dirigirlo hacia lo divino de dos maneras.

Tomemos el organismo humano consonántico, separémoslo en cierto modo de la expresión fija que ha obtenido mediante las fuerzas de gravedad terrenales o por las fuerzas químicas mediante las materias alimenticias, separemos aquello que atraviesa al hombre consonánticamente. Entonces sí podemos decir esto. Si se coloca un pulmón humano para la autopsia, se encuentran materias químicas que se pueden examinar químicamente. Pero esto no es el pulmón. ¿Qué es el pulmón? Una consonante, hablada desde

el Cosmos que ha tomado forma. Si tomamos un corazón para la autopsia: está conformado por las células, que se pueden examinar químicamente según las materias. Pero esto no es el corazón; es otra consonante, hablada desde el Cosmos. Y si se imagina en lo esencial las doce consonantes habladas desde el Cosmos, tenemos allí al cuerpo humano.

Esto significa: si se contempla a las consonantes, se posee la fantasía clarividente suficiente como para ver las consonantes en sus relaciones, y así surge el cuerpo humano en plena plástica. Entonces, si se extraen las consonantes del hombre, surge el arte de la escultura; si se extrae la respiración, por la que se vale el alma para interpretar en este instrumento en el canto, si se extrae esto del hombre hacia el otro costado, que es lo vocálico, entonces surge lo musical, lo cantado.

Tomen entonces lo consonántico del hombre, se produce la forma, que deben conformar plásticamente. Sí extraen lo vocálico del hombre, surge lo cantado, lo musical, que deben cantar. En realidad así es el hombre como está frente a nosotros en la Tierra, el resultado de dos artes mundiales: de un arte mundial plástico que llega de un costado, y de un arte cantante, musical que proviene del otro costado. Dos seres espirituales ensamblan una actividad. Uno proporciona el instrumento, el otro toca en este instrumento; uno conforma el instrumento, el otro ejecuta en el instrumento.

No es un milagro que en tiempos más antiguos, cuando aún se experimentaban semejantes hechos, el mayor artista fue denominado Orfeo, que realmente manejaba lo espiritual con tal potencia, que no sólo podía utilizar como instrumento al ya conformado cuerpo humano, sino que mediante sus tonos hasta pudo dar forma a la materia informe, que correspondía a los tonos.

Ustedes entenderán que, si uno representa algo semejante, se empleen las palabras en forma distinta a que se lo hace en este tiempo de nimiedades; a pesar de ello no está considerado sólo en sentido figurado o simbólicamente, sino en sentido bien real. Las cosas son así como las he presentado, a pesar de que se deba hacer fluir las palabras en mayor escala que hoy en día se acostumbra usualmente. Como ya dije, quería conformar especialmente esta conferencia de tal manera, para llevar así un saludo a los estimados artistas que nos han alegrado estos días con sus producciones tan satisfactorias.

Impreso y Encuadernado en ***Gráfica Guadalupe***
Av. San Martín 3773, Rafael Calzada, CP B1847EZI,
Buenos Aires, Argentina, en el mes de Agosto del 2002